



MONOGRAFÍAS
DE HISTORIA
INDUSTRIAL

EL VALOR GEOGRÁFICO DE ESPAÑA (1921)

EMILIO HUGUET DEL VILLAR

Edición a cargo de Enric Tello y Carles Sudrià



UNIVERSITAT DE BARCELONA



Centre d'Estudis
Antoni de Capmany
d'Economia i Història Econòmica

EL VALOR GEOGRÁFICO DE ESPAÑA (1921)

EMILIO HUGUET DEL VILLAR

Edición a cargo de Enric Tello y Carles Sudrià

Estudios introductorios de Ricardo Robledo,
Ramon Garrabou, Enric Tello, Carles Sudrià,
Isabel Bartolomé y Daniel Tirado

Publicacions i Edicions



UNIVERSITAT DE BARCELONA

U

B

Índice

Presentación, por Carles Sudrià y Enric Tello	9
Primera parte: <i>Estudios introductorios</i>	11
1. El hombre y el medio: geografía, historia y economía en Huguet del Villar, por Ricardo Robledo	13
1.1. Biobliografía	13
1.2. Cómo se armó <i>El valor geográfico</i>	19
1.3. «El gran problema de España»: ¿naturaleza o sociedad?	23
1.4. Huguet del Villar, un hombre de ciencia frente al colegio invisible	29
Bibliografía	31
2. La interpretación del «atraso» agrario en <i>El valor geográfico de España</i> (1921) de Emili Huguet del Villar, por Ramon Garrabou y Enric Tello.	35
2.1. Los atisbos socioecológicos de la geografía y la historia económica de Emili Huguet del Villar: «Buscar la explicación que perseguimos en la influencia del medio»	37
2.2. Factor geográfico y producción agraria: «Por intermedio de la vegetación es pues como influye el clima en los fenómenos de la población humana». ..	39
2.3. Los rasgos propios de la bioregión Mediterránea ibérica: «El factor geográfico que hemos encontrado en España al estudiar su vegetación natural, y luego su agricultura, es la escasez de precipitaciones, agravada por la intensidad de la evaporación».	41
2.4. Un nuevo diagnóstico del «atraso» de los secanos peninsulares: «El problema de España no es de extensión, sino de intensificación».	42
2.5. Las posibilidades ambientales de otro modelo de desarrollo agrario: «Mientras el cultivo de cereales se ha venido mostrando en España difícil e ingrato, [...] el de las leñosas aparece fácil y agradecido».	45
2.6. Posibilidades y límites a la intensificación del cultivo cereal en el primer tercio del siglo XX: «Se puede, pues, disminuir la superficie dedicada a cereal y aumentar al mismo tiempo la producción total de éste».	49
2.7. Un comentario final sobre el legado truncado de Emili Huguet del Villar: «Es necesario descuajar el error arraigadísimo en España, aun entre personas de competencia en otros ramos, de que en todos los medios geográficos se pueden obtener con los mismos procedimientos los mismos resultados». .	52
Bibliografía	53
3. Huguet del Villar y el valor 'energético' de España, por Carles Sudrià i Triay e Isabel Bartolomé Rodríguez	57
3.1. Introducción	57

3.2. El problema carbonífero	59
3.3. La liberación hidroeléctrica	63
Bibliografía	69
4. <i>El valor geográfico de España (1921)</i> , de Emili Huguet del Villar: una mirada desde la Nueva Geografía Económica, por Daniel A. Tirado Fabregat	73
4.1. Introducción	73
4.2. La Nueva Geografía Económica: una breve síntesis	75
4.3. Huguet del Villar y la Nueva Geografía Económica	78
4.4. La Geografía Económica en la comprensión del desarrollo regional en España: Huguet en el debate actual	81
4.5. Conclusiones	85
Bibliografía	86
Segunda parte: <i>Emili Huguet del Villar y la España franquista (1945)</i>	89
<i>L'Espagne falangiste et le monde intellectuel</i>	91
Tercera parte: <i>Edición facsímil de El valor geográfico de España (1921)</i> , de Emili Huguet del Villar	93
Prólogo	
I. El problema: factor humano y factor geográfico	
II. El factor geográfico en los Estados Unidos como país excepcionalmente favorable para su estudio	
III. El factor geográfico fuera de los Estados Unidos y singularmente en Europa: la población; la producción rural	
IV. El factor geográfico fuera de los Estados Unidos y singularmente en Europa: la actividad industrial y el tráfico	
V. El factor geográfico a través del tiempo y en los países novísimos. Hispanoamérica: reseña histórica	
VI. Continuación del estudio de Hispanoamérica: comparación estadística y valores ecéticos	
VII. El factor geográfico en España: la vegetación natural	
VIII. El factor geográfico en España: la explotación rural	
IX. El factor geográfico en España: las fuentes de energía mecánica	
X. El factor geográfico en España: la industria y el tráfico	
XI. Prejuicios antigeográficos: la expansión colonial	
XII. Dos palabras sobre el factor humano	
Índice	

Presentación

Continuando la serie de monografías de historia industrial, y otras publicaciones de libros surgidos del Departamento de Historia e Instituciones Económicas de la Universidad de Barcelona, este volumen es el primero que sale a la luz con el sello del Centro de Estudios 'Antoni de Capmany' de Economía e Historia Económica. Este Centro fue impulsado por nuestro departamento y, a instancias de Ernest Lluch, adoptó el nombre de Antoni de Capmany (1742-1813), pionero de la historia económica y destacado representante del movimiento ilustrado en Cataluña y España. El objetivo del Centro es fomentar y difundir la investigación y la transferencia de conocimiento sobre el desarrollo económico de nuestras sociedades desde una perspectiva histórica a largo plazo. Tras ser oficialmente aprobado por la Universidad de Barcelona, acoge actualmente a los investigadores e investigadoras de los diversos proyectos que impulsan los miembros del Grupo de Investigación Consolidado en Historia y Desarrollo Económicos (Industria, Empresa y Sostenibilidad) reconocido por la Generalitat de Catalunya.

Hemos elegido como primera entrega de esta colección renovada la edición facsímil de *El valor geográfico de España*, importante trabajo de geografía económica y ambiental publicado por Emili Huguet del Villar en 1921. Las comunidades científicas de geografía, biología y edafología de nuestro país conocen bien la obra de Emili Huguet del Villar, a quien consideran un precursor importante en su propia genealogía intelectual. Sin embargo, esta singular obra sigue siendo ignorada por la inmensa mayoría de economistas e historiadores económicos de nuestro país. No sólo la injusticia de ese olvido reclamaba reparación, en estos tiempos de recuperación de la memoria histórica borrada por la dictadura franquista. También el carácter pionero de las investigaciones económicas y ambientales de Emili Huguet del Villar merecen ser tenidas en cuenta y reconocidas por los miembros de nuestra profesión, que encontrarán en ella datos, fuentes e ideas de sumo interés. Los estudios introductorios de Ricardo Robledo, Ramon Garrabou, Enric Tello, Carles Sudrià, Isabel Bartolomé y Daniel Tirado se dirigen especialmente a las nuevas generaciones de economistas e historiadores económicos, para quienes la sugestiva mezcla de geografía económica, economía de los recursos naturales e historia ambiental que caracterizó la obra de Emili Huguet del Villar resultará, sin duda, de suma actualidad.

Carles Sudrià
Enric Tello

PRIMERA PARTE

Estudios introductorios

I. El hombre y el medio: geografía, historia y economía en Huguet del Villar*

Ricardo Robledo (Universidad de Salamanca)

Limpiar minas para exportar el mineral, y rozar montes para extender el miserable cultivo cereal sin ganado que proporcione los estiércoles dando por resultado final el desertizado, es trabajar para destruir el valor ecético de la Península.¹

Del cultivo del autodidactismo suele florecer la mediocridad o el aislamiento; Emilio Huguet del Villar evitó ambos efectos, sobre todo el primero. Su obra superó en originalidad a la de muchos contemporáneos que disertaban con prodigalidad sobre el medio natural o la historia, a menudo con grandilocuencia. Pero, además, cuando se cumple cerca de un siglo de alguna de sus publicaciones, cobran nueva vida sus hipótesis e intuiciones, que se movían entre la geografía, la economía y la historia. Presentaré primero los rasgos biográficos, dando cuenta de los principales libros de cada etapa, para exponer luego los trabajos que le permitieron 'armar' el libro de *El valor geográfico*; me referiré después a dos o tres puntos en torno a la relación hombre-medio y al margen de actuación que Huguet le concedía al reformismo social. Finalmente, haré una breve valoración del libro según el contexto sociopolítico del momento y la personalidad del autor.

I.1. Biografía

Hay dos rasgos que sobresalen en la peculiar biografía de Emilio Huguet del Villar; su extraordinaria obra científica, realizada fuera de la Universidad, y la marginación oficial después de la guerra civil. Esta doble exclusión, la de buena parte de la comunidad científica española y la de la sociedad civil, explica el relativo olvido de Huguet del Villar y justifica sobradamente la reedición del libro publicado en 1921. Un tercer elemento explica la persistencia de la ignorancia en el ancho mundo de los historiadores y economistas. La fragmenta-

(*) Investigación financiada a cargo del Proyecto del Ministerio de Educación y Ciencia, I+D, HUM 2007-62276/HIST. Agradezco las indicaciones de Vicente Donoso y Vicente Forcadell.

1. Huguet del Villar (1921), pp. 256-257.

ción del saber universitario, cuando resulta idiotizado por la superespecialización, influye en que la recuperación que hace algún tiempo se ha realizado de la obra de Huguet del Villar no supere el recinto aislado de los geógrafos, naturalistas y edafólogos.²

Emilio Huguet del Villar y Serratacó³ nació en Granollers en 1871 dentro de una familia acomodada; realizó los estudios de bachillerato durante 1880-85 y con el título de bachiller, que facultaba para la docencia en enseñanza primaria, emigró a América de Sur, donde fue profesor de historia y geografía («incluso de geografía americana»), según precisa el resumen biográfico de la Enciclopedia Espasa. Al renunciar a la carrera universitaria –seguramente por la orientación *literaria* que él percibía en la enseñanza de la geografía– tomaba una decisión que iba a favorecer la libertad que concede el autodidactismo con el coste de la marginación académica española.

Desde 1900, año en que regresó a Europa, hasta 1913 simultaneó sus estudios de investigación geográfica, histórica y de ciencias naturales con el periodismo literario, siendo director o redactor jefe de varios periódicos y colaborando asiduamente en otros como *La Lectura*, *Nuevo Mundo*, *La Ilustración Española y Americana*, *Estudio*, etc. A partir de 1914 abandonó prácticamente la labor periodística «para consagrarse exclusivamente a la labor científica, concretándose cada vez más en la geobotánica y materias con ella conexas».⁴

Con el título de miembro de la Real Sociedad Geográfica presentó la ponencia sobre «El factor geográfico en América» al Congreso Internacional de Expansión Comercial de Barcelona en 1914⁵ y a principios del año siguiente ingresó en la Real Sociedad Española de Historia Natural, lo que podría haberle proporcionado cobertura para respaldar sus investigaciones, por ejemplo las efectuadas sobre el glaciario de la sierra de Gredos que demostraban por primera vez la presencia del glaciario cuaternario en la Cordillera Central. No logró sin embargo la acogida esperada en la comunidad de naturalistas de Madrid sino que fue más bien atacado, ignorado y tratado como intruso.⁶ La alternativa institucional a la Real Sociedad Española de Historia Natural se consiguió en 1919 en la Sociedad Ibérica de Ciencias Naturales con sede en Zaragoza. Huguet del Villar, que vivía habitualmente en Madrid, tomó la iniciativa de fundar una sección en dicha ciudad y contó para ello con el apoyo del botánico y oceanógrafo Odón de Buen. Esta sección se convirtió en refugio de quienes, por unas u otras razones, se habían enemistado con los sectores dirigentes de la historia natural oficial, pero a pesar de los esfuerzos por dinamizar la asociación no llegó a representar el cauce adecuado para dar a conocer sus trabajos, muy centrados ya en la ecología vegetal.⁷ *El valor geográfico de España*, cuyo prólogo firma en agosto de 1920, es la obra más importante de esta etapa.

El tercer intento por lograr una cierta profesionalización, que la ausencia de título universitario dificultaba, fue ensayado en Cataluña. Allí se encontró con el apoyo que le brindaba el botánico Font i Quer, con quien había mantenido desde 1915 una relación que se inten-

2. Cada una de las especialidades de Huguet ha sido objeto de monografías específicas; la geografía (junto con la biografía del autor) ha sido analizada por Martí Henneberg (1984); también, Estrada (1981). La geobotánica, o la ecología vegetal, por Casado (1997), y la edafología, por Sunyer (1996); abundantes referencias también en Casals (1996).

3. Martí Henneberg (1984), pp. 20-21; *Enciclopedia* (1929), pp. 1481-1482. Huguet, como colaborador habitual de la *Enciclopedia*, debió suministrar los datos para la biografía. En la lista de redactores de 1923 (España, Tomo XXI) figura como «naturalista y geógrafo».

4. *Enciclopedia* (1929), p. 1481.

5. Huguet del Villar (1915).

6. Casado (1997), p. 285.

7. *Ibidem*, p. 290.

sificó cuando Huguet hizo pública en enero de 1922 una carta en la que mostraba su indignación por la concesión de la cátedra de botánica de la Facultad de Farmacia a un joven «imberbe e inexperto» en vez de a Font i Quer. Consideró además la conducta del tribunal un ultraje a Cataluña por no tener en cuenta gran parte de los trabajos de Font i Quer escritos en catalán. La carta dirigida a Puig i Cadafalch y publicada en catalán en *La Revista* en enero de 1923 supone un reconocimiento del catalanismo político del que antes había sido adversario por entender que la vida científica «necesita d'agrupacions humanes i d'instruments idiomàtics de la major extensió possible; mes el nou atemptat de la facultad de Farmacia (...) m'ha vingut a demostrar que l'agrupació humana espanyola d'idioma castellà, o quan menys en sa representació oficial, ha perdut ço mes fonamental de las condicions per a tal finalitat». Huguet hacía pública fe de catalanismo político como medio de librarse de una acción embrutecedora.⁸

En estas circunstancias Huguet del Villar estaba en buenas condiciones para que Font i Quer le ofreciese hacerse cargo de la Sección de Fitogeografía del Museu de Ciències Naturals de Barcelona en mayo de 1923. Aceptado el cargo de regente de Fitogeografía, su breve paso por el Museu le sirvió sin embargo para establecer contactos internacionales, primero como su delegado en la sesión internacional de Geografía Botánica en Suiza en el verano de 1923 y al año siguiente en el Cuarto Congreso Internacional de la Ciencia del Suelo en Roma. Las razones de su breve estancia en el Museu de Barcelona, apenas un año, se atribuyen a la decepción de no contar con la ayuda prometida para la investigación o al rechazo de sus exigencias de residir en Madrid para completar un trabajo sobre la vegetación en Castilla.⁹ En cualquier caso, a esta altura del relato, se puede pensar que también el carácter de Huguet del Villar, su tenaz independencia de criterio, dificultó la estabilidad de sus colaboraciones con otros colegas españoles. El título del libro de *Geobotánica*, publicado por la editorial Labor en 1929, da razón cumplida de las principales investigaciones de estos años.

El reconocimiento institucional que se le hurtaba en España lo consiguió internacionalmente Huguet en el campo de la ciencia del suelo, de la edafología, uno de sus neologismos que hoy siguen aceptándose. Fue en efecto en el Congreso Internacional sobre la Ciencia del Suelo cuando se decidió la creación de la Asociación Internacional de la Ciencia del Suelo, en la que tomó parte activa Huguet. Organizó a partir de 1926 la sección española y se encargó de confeccionar el mapa de España dentro del proyecto europeo de mapa de suelos. La buena reputación que fue adquiriendo dentro de la Asociación Internacional hizo que fuera nombrado Presidente de la Subcomisión de Suelos Mediterráneos, cargo que le abrió definitivamente las puertas de las revistas extranjeras y le permitió dedicarse al estudio de los suelos de África del Norte.¹⁰

Huguet de Villar consiguió finalmente en 1927, cerca de los 60 años, una vinculación institucional estable, durante cinco años, como especialista en Edafología y Geobotánica dentro del Instituto Nacional de Investigaciones y Experiencias Agrícolas y Forestales con sede en

8. Estrada (1981), p. 23. Huguet mantenía con el catalanismo una posición crítica. Dada su opción germanófila y anti-francesa defendía en 1919 la «restitución de la provincia catalana del Rosellón que Francia se anexó por conquista militar», pero al mismo tiempo criticaba al catalanismo de la barretina, la sardana y *Els Segadors*: «El catalanismo que empezó por ser un hermoso levantamiento de un pueblo trabajador contra el parasitismo centralista, está hoy tan necesitado de regeneración, como la política general española», Huguet del Villar (1918), pp. 164 y 171.

9. Martí Henneberg (1984), pp. 150-151.

10. *Ibidem*, pp. 155-156 y 169; Sunyer Martín (1996), pp. 413-422.

Madrid, dirigido por Octavio Elorrieta y cuyo secretario técnico fue el propio Huguet.¹¹ Pudo contar así con facilidades económicas y técnicas para llevar a cabo las investigaciones que le convierten en el introductor de la ciencia del suelo en España con un prestigio internacional indiscutido, como se demostró en diversas reuniones internacionales. En diciembre de 1932 renunció a este cargo debido a diversos reajustes económicos y administrativos que supusieron, entre otras cosas, la sustitución de Elorrieta, fundador y valedor de Huguet. Colaboró luego con el Instituto Mediterráneo de Suelos, que contaba con el apoyo de la Generalitat de Catalunya, y con el Institut Català de Sòls, aunque no por no mucho tiempo, pues según Huguet del Villar la muerte de Macià en diciembre de 1933 dejó sin efecto el Instituto Mediterráneo de Suelos por él propuesto.¹²

La llegada de la guerra civil supuso una etapa de graves dificultades, paliadas en parte por el apoyo de su discípulo J. Cuatrecasas, director del Jardín Botánico de Madrid, que le permitió seguir investigando en los suelos del norte de África hasta 1939. *Los Suelos de la Península Lusó-Ibérica*, publicado en 1937, es la obra que sintetiza la labor de Huguet en materia de suelos hasta aquel momento. Finalizada la guerra inició los trámites para volver a España. Elorrieta, director del Instituto Forestal, era su principal valedor entonces, pero sin duda fueron más fuertes otro tipo de presiones. Huguet nos relata su llegada al Madrid de la posguerra con el surrealismo de la víctima convertida en culpable tan propio de aquella época:

[...] Al llegar a Madrid el 9 de septiembre de 1939 me encontré con mi casa (Lista 64, 3º der.) ocupada por un comisario de Policía que, con la complicidad del propietario, había resuelto el entonces difícil problema de la vivienda apropiándose de la mía con todo su contenido... no solamente mis muebles, ropas, enseres... sino una rica biblioteca científica, con multitud de obras caras y colecciones de muchos años de revistas españolas y extranjeras, material de laboratorio... herbario, colección de suelos, y mi archivo científico de cuadernos de apuntes y ficheros, mapas (inéditos en parte), fotografías y dibujos producto de 26 años de viajes y estudios por España y el extranjero.¹³

Por más intentos que realizó Elorrieta, secretario general técnico del Ministerio de Agricultura, para incorporar a Huguet al Instituto Forestal nada se consiguió, excepto salvar los restos de la biblioteca y del destrozado archivo como asignados al Instituto Forestal.¹⁴ Finalizada la segunda guerra mundial, y promulgado el Fuero de los Españoles, según documenta Martí Henneberg, Huguet creyó ingenuamente que había llegado el momento de acabar con el «desaguisado falangista» y solicitar la restitución de sus bienes y el castigo de los culpables. Y así lo intentó en carta al Gobierno Español con copia al Conde de Barcelona, en parte extrac-

11. Gómez Mendoza, (1992), pp. 174-178. Como secretario general y técnico de la Comisión de Edafología y Geobotánica firma en marzo de 1927 su publicación *La reacción del suelo en España* (Ministerio de Fomento, Dirección General de Agricultura y Montes). Las tensiones corporativas entre ingenieros de montes y agrónomos y la reorganización administrativa que hizo posible la incorporación de Huguet (pero también los problemas que tuvo más tarde) se exponen en Casals (1996), pp. 317-333 y 366.

12. Huguet de Villar (1937), p. 7. Para las diversas vicisitudes del Instituto y los conflictos entre instituciones, Sunyer (1996), pp. 435-446.

13. Martí Henneberg (1984), p. 214 y p. 91 de esta edición.

14. No sabemos si aparte de la influencia de Elorrieta, la de su amigo y colega Arturo Caballero –juez instructor de gran protagonismo en la depuración universitaria; véase Claret (2006)– evitó males mayores; en el Archivo Histórico, Sección Guerra Civil, de Salamanca no se guarda ningún expediente de Huguet como masón o con antecedentes político-sociales.

tada arriba; llegó incluso a escribir en septiembre de 1945 en *L'Espagne Républicaine*, publicada en Toulouse, un artículo –que se edita por primera vez en la segunda parte de este libro– contra «la barbarie falangista» donde se llamaba a la solidaridad con los intelectuales españoles perseguidos por la «España fascista». Si esto no constituía la mejor carta de presentación para las autoridades franquistas, las discrepancias y críticas que Huguet había efectuado a la obra de J. Albareda, impulsor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y a la vez su secretario general, tuvieron que influir para que no se contara con él ni personal ni científicamente.¹⁵

Su decisión de no asentarse en España –«la ciencia no puede florecer más que en los países con libertad intelectual y económica», había escrito en 1940 a su principal discípulo Cuatrecasas–¹⁶ sólo se interrumpió ocasionalmente para dar alguna conferencia. Su trabajo científico estuvo totalmente centrado en el Norte de África y falleció en Rabat en 1951.

De este resumen se podría sacar la impresión de una vida que sólo muy tarde y en el ámbito internacional de la edafología obtuvo reconocimiento. Sin embargo, cuando publicó *El valor geográfico*, Huguet del Villar gozaba de un reconocimiento aún más significativo por cuanto se había conseguido sin contar con cátedra universitaria o de instituto. Además de los libros de divulgación sobre *Las Repúblicas Hispanoamericanas* (1906) y la *América Sajona* (1910) publicados en la editorial Calpe, Huguet había colaborado en *La Lectura* en 1909, la revista de Madrid que se distinguía por el rigor con el que se trataban los temas literarios, artísticos y políticos. Valga decir que en los números en que colaboró Huguet lo hicieron la Condesa de Pardo Bazán, Juan R. Jiménez, A. Buylla, Antonio Machado o G. Papini (y Flores de Lemus publicó poco después *Algunos datos estadísticos sobre el estado actual de la economía española*).¹⁷ Una gran parte del libro que estamos presentando se publicó en varios números de la revista *Estudio*, vinculada al Foment del Treball Nacional, institución bien representativa de la política y cultura catalanas. Nuestro autor –como miembro de la Real Sociedad Geográfica de Madrid– participó con una ponencia (en francés) en el VIII Congreso de Expansión Comercial de Barcelona, organizado por la Sociedad Internacional para el Fomento de la Enseñanza Mercantil y en el que participaron, entre otros, R. Altamira, J. Cascón, B. Argente, G. Graell, Azorín... No olvidemos, por otra parte, que era redactor de la Enciclopedia Espasa y que figura desde los primeros números de la *Revista Nacional de Economía* entre sus «colaboradores» como perteneciente al *Archivo Geográfico*, publicación de la que era autor y editor.

Tan importante o más que el currículum de este autodidacta (que tuvo que costearse alguna de sus publicaciones) es exponer, aunque sea muy brevemente, algún rasgo de su ideología o de su visión del mundo, pues así se entenderá mejor *El valor geográfico*. Él se proclamó partidario de «las ideas liberales y republicanas», si bien su liberalismo no era precisamente el de Maura o el Conde de Romanones, «síntesis como hombre público de todos los pecados de nuestra política». Para Huguet, el liberalismo era ante todo instrucción: «Un ciudadano ignorante no puede ser nunca un buen ciudadano. Los ciudadanos ignorantes y pobres no son más que carne de urna electoral». Por eso la ciencia –«que enseña al hombre a conocerse a sí mismo, a conocer el medio físico en que ha de desarrollarse... el medio so-

15. Sánchez Ron en Casado (1997), p. 438; Sunyer (1996), p. 447.

16. Martí Henneberg (1984), p. 185. «La Science a besoin de la liberté de frontières, comme de tout», p. 92 de esta edición.

17. El artículo de Flores, publicado en *The Times*, se reproduce con algunas variantes a partir del número de noviembre de 1914 en *La Lectura*.

18. Huguet del Villar (1918), pp. 128 y 152.

19. Huguet del Villar (1909), p. 14.

cial de que él mismo forma parte»– era la que debía inspirar el verdadero criterio moral y no a la inversa, pues en tal caso la moralidad sería «obediencia a los opresores, resignación ante los males».²⁰ En estos artículos de *La Lectura* polemiza con Ramiro de Maeztu, convertido en censor de Huguet por haber expuesto el origen bárbaro y violento de las leyes; según Maeztu «la ley no es la expresión arbitraria de los fuertes sino de la defensa social»; Huguet sin embargo consideraba las leyes como una 'superestructura' y no como obra desinteresada en pro de la felicidad de los demás.

Esta ideología que hoy llamaríamos progresista, sobre todo si le añadimos la afinidad de Huguet con el georgismo, encaja mal con el planteamiento del expansionismo económico (no militar) en Marruecos, al que se dedica un capítulo del libro. Los artículos hasta ahora no consultados de la *Revista Nacional de Economía* en 1919-1920, es decir, cuando se está redactando *El valor geográfico*, permiten matizar las primeras impresiones. Huguet tenía en cuenta dos factores, el factor geográfico, el factor humano; los pueblos que suman mayor esfuerzo necesitan más factor geográfico, necesitan «áreas de expansión», y se atreve incluso a asignar km² de territorio afroasiático en función del crecimiento demográfico de los países europeos.²¹ Sin duda se nota el eco de las teorías de Ratzel,²² pero hay algo más.

Ante la correlación de fuerzas presentes en Versalles, Huguet del Villar se muestra especialmente beligerante con el Tratado de paz, un «crimen contra la paz», que había desequilibrado aún más el mundo, de acuerdo con una interpretación de la Gran Guerra que no se aleja mucho de las teorías del imperialismo expuestas por Hobson o Lenin. Le preocupa especialmente «un poder tan colosal como el de EE.UU.», al que convendría poner coto en la Liga de Naciones, «pues no es prudente para los fines de la civilización dejarlo que siga desarrollándose en manos de políticos retóricos al servicio de los más empedernidos egoísmos».²³ No quedaba más remedio que, provisionalmente, luchar por la revisión del Tratado de Versalles y proceder a un reparto más justo del que también debería salir beneficiada España.

Esto es dentro de un sistema egoísta, contrario a la moral universal de los repartos coloniales, pues preferible a todo sería la libertad de los países en estado de gobernarse a sí mismos, y para los propiamente coloniales, la internacionalización. Así se pondría fin a la monstruosidad de las grandes potencias coloniales y a las guerras que tienen por bases esta clase de ambiciones.²⁴

Es decir, en sintonía según su apreciación con los socialistas ingleses, había que tender al fin del colonialismo, pero mientras subsistiera la situación que él denominaba de «economía de guerra» no había otra opción que evitar el excesivo engrandecimiento de las potencias vencedoras. A tal fin intervino en la arena política creando en 1918 «centros de acción» de la Federación Cívica Española para reorientar la política exterior española en un sentido crítico con los puntos de Wilson, y al año siguiente recogió firmas para apoyar un Manifiesto enviado a la Conferencia de paz de Versalles para que se respetase la integridad de Alemania. No podemos pasar por alto esto último: una de las razones que respaldaban esta estrategia era su predilección proalemana, con el sesgo marcado hacia su desarrollo científico:

20. *Ibíd.*, p. 159.

21. Huguet del Villar (1919a), p. 62.

22. «La civilización no puede permanecer limitada por mucho tiempo a un territorio angosto y a un único pueblo»; para «la lucha por el espacio» de Ratzel, Capel (1981), pp. 289-293.

23. Huguet del Villar (1919b), p. 287.

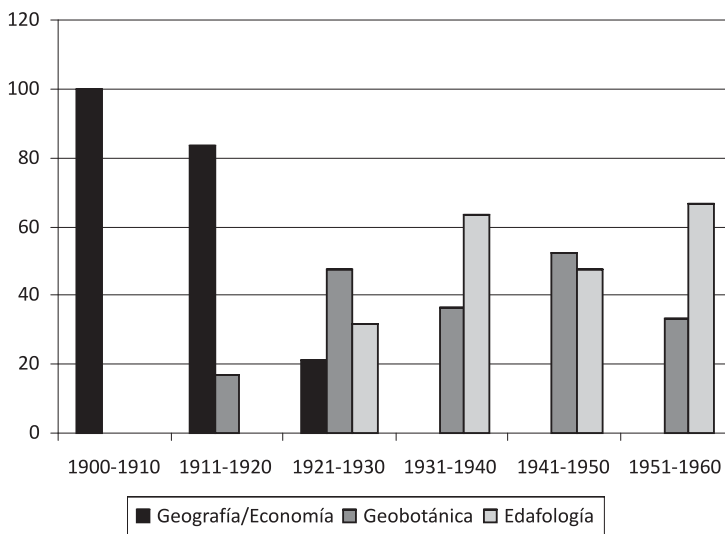
24. Huguet del Villar (1920), p. 484.

«Mientras Alemania sea la primera potencia científica del mundo, la civilización ha de ser germanófila y la germanofobia será barbarie». Para Huguet, Alemania era «la patria de Kant y de Carlos Marx»²⁵ y no la de Hindenburg.

1.2. Cómo se armó *El valor geográfico*

El libro que ahora se reedita significa la culminación del periodo de investigación dedicado a la geografía, en un sentido amplio, pues cabe incluir la economía o la historia; por lo que sabemos, también significa el fin de la participación política, pues no tenemos constancia de que estuviera implicado en campañas ciudadanas después de 1921. Desde entonces, la investigación en geografía pierde representación en beneficio de la geobotánica y de la edafología, siendo la última la que representa dos terceras partes de la investigación en la última etapa, aunque conviene matizar que nunca fueron campos que funcionaran como compartimentos estancos. El siguiente gráfico ilustra la distribución de las cerca de 100 publicaciones censadas por décadas, salvo en el último periodo donde se incluyen las póstumas.

Porcentaje de publicaciones, por temas y años, de Huguet del Villar



Fuente: Basado en Martí Henneberg (1984: 227-233) y datos propios.²⁶

25. Huguet del Villar (1918), pp. 8, 158 y 180.

26. Se incluyen los artículos publicados en *Revista Nacional de Economía*, (1919a), (1919b) y (1920), que hasta ahora no se han tenido en cuenta y que Huguet no citó, quizá porque abandonó el campo de investigación de la geografía social después de 1921. Debo al profesor José Miguel Fernández Pérez el conocimiento de los mismos.

TERCERA PARTE

Edición facsímile de
El valor geográfico de España (1921)
de Emili Huguet del Villar

EMILIO H. DEL VILLAR

EL VALOR GEOGRÁFICO DE ESPAÑA

ENSAYO DE ECÉTICA

ESTUDIO COMPARATIVO DE LAS CONDICIONES
NATURALES DEL PAÍS PARA EL DESARROLLO
:-: DE LA VIDA HUMANA Y LA CIVILIZACIÓN :-:

MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)

Paseo de San Vicente, núm. 20.

1921

PRÓLOGO

Con el título de *El factor geográfico y el gran problema de España*, publiqué el año 1914 en la revista *Estudio* (números 16, 17, 18, 19) un primer avance de este trabajo. Comprendía lo que podría llamarse “la introducción”, por lo cual se conserva aquí en parte, convenientemente ampliada, y adicionada con importantes consideraciones a que los trastornos ocurridos desde aquella fecha en el mundo, han dado lugar en apoyo de mi teoría. El fundamento y desarrollo de ésta, ante la geografía humana universal, pero especialmente la de los Estados-Unidos y de Europa, es lo que llena casi por entero aquel avance, y sólo rápidamente se aplica al final la doctrina, así elaborada, al caso particular de España. El estudio sobre los Estados-Unidos, que constituye aquí el punto de partida, es en cambio término de llegada en mi *América Sajona* (“Manuales Gallach”, núm. 102), donde se asienta sobre el correspondiente conocimiento fisicogeográfico del país. En mi Conferencia del VIII Congreso Internacional de Expansión Comercial (Barcelona, 1914) (1) apliqué la doctrina a Hispano-América, tratando de suplir la limitación de desarrollo que el acto imponía, con la adición de nutridos cuadros estadísticos, fundados a su vez en gran parte en estudios personales histórico-antropo-geográficos. En este trabajo acometí el estudio del problema a través, no sólo del espacio, como en los anteriores casos, sino también del tiempo, reforzando así las conclusiones. Y acabé por determinar y fijar la expresión de éstas creando el concepto de “valor ecético”, que en opúsculos aislados posteriores, en su mayoría artículos de economía o geografía económica, inspi-

(1) Figura en el tomo correspondiente, publicado en 1915, pág. 705-28.

rados por las circunstancias que iba creando la conflagración mundial, no he dejado de tener presente.

El libro actual es la expresión completa y sintética de todo el conjunto de la doctrina desde entonces elaborada, y aplicada a nuestro país. En lo que más se diferencia del primer avance de 1914, es, pues, aparte la extensión, en que el problema se estudia también en cuanto al factor tiempo; en que las conclusiones de entonces, deducidas del examen del mundo en el feliz período de paz de fines del siglo XIX y principio del XX, aparecen singularmente confirmadas a través del anormal período de guerras cuyo fin efectivo aun no se vislumbra; y en que la aplicación del estudio a España, en vez de constituir un último capítulo en bosquejo, es aquí lo más detallado.

Tal asunto ya se comprende que podría dar de sí para una obra extensísima, no sólo en su parte general o universal, sino en la misma española. Pero su complejidad hace que agotar el tema sea pretensión vana para una persona sola. Lo más fecundo es que cada cual se reserve para el punto de vista de su mayor especialidad. Cualquiera de los muchos que el tema ofrece, basta para consumir una vida.

Lo urgente (incluso para que al mismo que esto escribe le sea dado encerrarse también, ya tranquilo, en el departamento de su especialidad) era ofrecer ante todo una síntesis, lo suficientemente completa, para que pudiera servir de base de juicio y de punto de partida para más detallada labor, y, dentro de esto, lo más concisa posible y al alcance del mayor número.

Para el estudio de la influencia del factor geográfico dentro de la civilización contemporánea sigo utilizando de preferencia las estadísticas del decenio que precedió a la guerra (1904-14), por razones bien fáciles de comprender. Son las más recientes dentro de la normalidad pacífica, y dentro de ésta es donde las cifras pueden acusar en mayor grado la parte del factor medio. El período de perturbación bélica trae a primer término el esfuerzo humano; y el interés de ese estado excepcional está precisamente en manifestar la limitación que el ambiente geográfico puede poner al esfuerzo por muy inteligentemente que éste sea dirigido. Por lo demás los cambios e inestabilidad del mapa político actual no nos permitirían utilizar un arsenal de datos tan rico como el de aquel decenio. Por eso en la parte estadística nos tenemos que seguir refiriendo al mapa europeo

de 1914. En América, si bien el mapa no ha variado, en nada favorecería al paralelismo que, desde el punto de vista *ecético*, necesitamos establecer con el viejo mundo, el distanciarnos de fecha; por eso termino también el estudio comparativo de población hacia 1910-1, años que coinciden con los de los últimos censos de la Europa normal.

Podría acompañar a esta obra gran lujo de mapas, pero esta superfluidad le restaría, en tiempos de tanta carestía editorial, una cualidad indispensable: la de ser asequible al gran público. Muchos de sus pasajes han de leerse ciertamente con un mapa delante; pero todo el que compra libros suele tener en su casa un atlas u otro, y esto basta.

En diferentes puntos de la obra me tengo que referir a otra mía: *Introducción a la Fitogeografía sinecológica de la Península Ibérica*. La tengo entre manos al mismo tiempo que ésta y es probable que tarde algo más en ver la luz pública. En cuanto a su aplicación al gran problema *ecético*, viene a ser uno de esos trabajos especiales antes citados, o, mejor dicho, su fundamento científico. Por esto he de rogar a quienes sientan necesidad de criticar, desde el punto de vista fitogeográfico, las ideas que aquí expongo sobre el factor rural, un poco de paciencia para aguardar la aparición del otro trabajo, que les permitirá una crítica más completa y fundada.

Por mi gusto y con todo rigor hubiera titulado este libro, no "El valor geográfico de España", sino "El valor *ecético* del factor geográfico de España"; pero el primer título, con ser elíptico, me ha parecido más comprensible a los mayoría, y he sacrificado la precisión en gracia de la claridad.

EMILIO H. DEL VILLAR

Madrid, 20 de agosto de 1920

I

EL PROBLEMA: FACTOR HUMANO Y FACTOR GEOGRÁFICO

Desde que por primera vez, hacia el segundo quinquenio del siglo, empecé a tratar, primero en artículos de prensa, luego en largos trabajos de revista, el tema a que consagro este libro, he podido constatar que ha ido aumentando en España la preocupación, ciertamente tardía, por él. Reflexionar seriamente, buscando en la ciencia fundamentos positivos, sobre lo que en 1914 he llamado *valor ecético* del país, es cosa que no contaba aquí con tradición. De lo que haya contribuído mi labor a despertar esa atención, no puedo sino felicitar-me. Pero más científico será reconocer que los que inician una corriente, son sólo la expresión de un fenómeno psicológico que empieza a invadir toda la parte consciente de la masa social.

En general, aunque la preocupación geográfica tuviera en otros pueblos mayor abolengo y arraigo, en todos ellos ha preponderado lo más frecuentemente el criterio psicológico, o abusivamente antropológico, para la explicación de los fenómenos sociales, como si el hombre fuera algún ser aislado en el espacio, y los descubrimientos de los naturalistas sobre la influencia del medio no hubieran de rezar con quienes se ocupan de la humanidad.

La decadencia de España en los siglos xvii y xviii, su postulación durante casi todo el xix, y su relativa inferioridad económica e intelectual aun en los tiempos más modernos, constituyen un grupo de fenómenos, que muchos han procurado y nadie conseguido explicar satisfactoriamente dentro de ese criterio.

En lugar de deducir una filosofía de la observación, los que han abordado el problema han ido precisamente a buscar la solución en las doctrinas que previamente profesaban. Así, mientras los espíritus

anticatólicos y liberales, como Buckle, han achacado la larga decadencia española a la religión y al monarquismo, los católicos del siglo XIX han estado atribuyendo nuestra inferioridad al progreso de las ideas librepensadoras y republicanas. Y tan frágiles han sido las razones de los unos como las de sus adversarios. La España miserable del tiempo de Felipe V no era menos católica ni monárquica que la próspera y poderosa de fines del siglo XV y principios del XVI, y una y otra contaban tras sí con largas centurias de acción de esas ideas dominantes. En el siglo XIX la prosperidad de las naciones, y aun de las regiones de cada una, no ha estado en razón directa ni inversa de su catolicismo, o, generalizando más, de su religiosidad. Pero, aun suponiendo que ahora y antes hubiese existido realmente correlación entre ambos órdenes de fenómenos, habríamos adelantado muy poco, pues quedaría siempre por explicar por qué, dada la mezcla de razas, en unos países ha prosperado el espíritu religioso y monárquico, y en otros el irreligioso y liberal.

Si muchos hispanistas han fracasado hasta ahora en la resolución de este gran problema, es porque lo han estudiado en el falso terreno de la pura metafísica, en lugar de llevarlo al de la ciencia positiva. Como aquella creencia hindú que asentaba los cimientos del mundo sobre un elefante y el elefante sobre una tortuga, sin dar a ésta ningún fundamento; los hispanistas metafísicos (religiosos o ateos) han querido atribuir los hechos económicos y hasta intelectuales a las ideas filosóficas, sin explicar la génesis de éstas, o, a lo más, dándoles por causa otros hechos históricos que resultaban apoyarse tan en el vacío como la tortuga.

La inmensa mayoría de los sociólogos desprecian la geografía, en lugar de fundarse en ella. Los hispanistas, al investigar sobre la historia, la literatura, la economía, o cualquier otro orden de fenómenos intelectuales o sociales de España, debieran empezar por un estudio, cuanto más profundo mejor, del factor geográfico, y, generalmente, suelen despreciarlo.

Todos los fenómenos sociales deben explicarse por los dos únicos factores que en ellos concurren: el hombre y el medio. Lo que evidentemente no proceda del uno, debe atribuirse al otro.

Separar la parte de cada cual es, sin embargo, difícil, porque uno de estos dos factores es obscurísimo. Este factor oscuro es, precisamente, el hombre.

Como ente psicológico y sociable, le conocemos sólo por sus hechos. Mas, como lo que vamos a investigar es, precisamente, la causa de estos hechos, sería una petición de principio atribuirlos a la calidad del sujeto (que es lo que hace el método metafísico). Al contrario, puesto que podemos conocer muy bien el factor geográfico, el único modo de llegar a la psicología del sujeto, parece ser la exclusión de todo lo que pueda atribuirse al medio.

Se habla de las razas. La raza es un conjunto de caracteres orgánicos. La Antropología los define, estudia y clasifica. Pero todavía no se han podido descubrir claramente las relaciones que hay entre los caracteres antropológicos, que conocemos por el órgano, y los psicológicos, que conocemos por los efectos de la función. En el estado actual de nuestros conocimientos no podemos establecer relación entre las medidas osteológicas, por ejemplo, y la credulidad. Aun, dentro del círculo más materialista, no sabemos relacionar los actos humanos con los caracteres de las neuronas, ni éstos con los caracteres que utiliza la Antropología.

Seguramente existen esas relaciones entre los caracteres antropológicos y los psíquicos. Es lógico, es científico, suponerlo así; pero hasta ahora no las hemos descubierto. En realidad, psicólogos y antropólogos van buscando una misma cosa; pero por caminos tan diversos, que difícilmente se pueden encontrar. Para comunicarse deberían salvar un puente que, a pesar de los cantos de victoria que muchas veces se han entonado, aun no aparece de un modo efectivo. Considero un postulado de la ciencia, indispensable, aun para los más ortodoxos, admitir que la forma de los huesos del cráneo y aun de todos los miembros del organismo, ha de estar en cierta relación con la histología y citología del cerebro, y éstas con los actos de relación del individuo. Pero de estas relaciones no tenemos conocimiento positivo ni parece nos hallemos cerca de adquirirlo. Quizás ni hemos dado en los verdaderos términos de la relación. Así en los cráneos distinguimos la dolicocefalia, la braquicefalia, la escafocefalia, las diversas formas de su sección horizontal, etc., y acaso (muy probablemente) la relación con el cerebro no se funde en esos caracteres de tanto bulto, sino en otros más delicados y para nosotros no sospechados aún.

Pero este problema, de suyo tan obscuro, y tan lejos, al parecer, de solución, todavía se complica mucho más por la cruz. Ya no exis-

ten apenas razas puras. Según nuestro postulado, no sólo deben alterarse y combinarse por la cruce los caracteres antropológicos hoy estudiados, sino los del tejido nervioso, y de no ser así, ningún interés tendría para la psicología de los pueblos el problema de las razas y este factor quedaría excluido.

Pero el cambio de los caracteres del sistema nervioso se escapa a nuestra observación, y ni siquiera podemos saber si se hace con más o menos facilidad que el de los otros. Quizás en ciertos casos, por lo menos, mientras en lo antropológico quedan dominantes caracteres de un grupo de progenitores, en lo neurológico ocurra lo contrario. Esto es, *a priori*, perfectamente verosímil y aun probable: así como vemos individuos que han conservado el pelo rubio y los ojos azules de los antepasados sajones y la cabeza braquicéfala de los alpinos, así los debe de haber tales que dominen en su esqueleto caracteres de una raza y en su cerebro de otras. Y esta presunción creo haberla visto confirmada por los hechos: durante largos años de permanencia en América, he observado innumerables veces, que individuos que mostraban al exterior caracteres antropológicos de blanco y que en modo alguno se sospechaban de otro origen, ofrecían marcadísima e inconfundible toda la psicología del indio.

Esta consideración es un obstáculo más para relacionar la psicología revelada por la historia con la antropología estudiada en los gabinetes; pero si a ello se añade que el medio geográfico es, por sí, otro factor que puede modificar las razas (además de la cruce) y que en esta modificación tampoco podemos averiguar la parte que afecta al sistema nervioso, llegaremos a la convicción de que el relacionar la psicología con la raza es un problema difícilísimo, irresoluble hoy directamente, y que indirectamente sólo es abordable en determinados casos, con mucho caudal de observación científica, mucha parsimonia de espíritu y más probabilidad de errar que de aproximarse a lo cierto.

Por eso, a cuantos nos dedicamos seriamente al estudio, nos irrita e indigna que grafómanos y oradores, sin el menor pudor intelectual, y hueros de ciencia, sin saber ni siquiera lo que es raza, escriban y peroren desfachatadamente sobre el problema de las razas, la inferioridad de unas y la superioridad de otras, y las cualidades de ésta o la de más allá, afirmando y negando a palo de ciego, y las multitudes sean tan imbéciles que les oigan, les aplaudan y les sigan.

Este problema, como todos, corresponde sólo a los hombres de estudio, que observan mucho y hablan poco, y sienten por toda clase de charlatanes (llámense de la derecha o de la izquierda) el más profundo desprecio, no concediéndoles más importancia que la del daño que hacen.

Así el que un grupo de políticos, no más inteligentes que otros, pero sí más poderosos por el mayor número de cañones y acorazados que las circunstancias habían puesto a su servicio, haya invocado y siga invocando el principio de las razas para sacrificar la civilización al egoísmo de unas cuantas plutocracias insaciables, es una farsa capaz de engañar a muchedumbres embrutecidas por la industria del papel impreso, pero en que una inteligencia lúcida sólo ve una manifestación de la barbarie que aun domina en la política, y que en estos últimos años ha reaccionado brutalmente contra la obra civilizadora que venía realizando la ciencia (1).

Esta enorme dificultad de relacionar la raza (concepto de Antropología) con la psicología (deducida de la Historia), hace fracasar a cada paso en el aprecio del factor hombre (único que la mayoría de los sociólogos consideran) y de ello cabría citar innumerables ejemplos. He aquí algunos.

Se contraponen la "raza latina" a la "sajona". Pero, en primer lugar, *la Antropología no conoce tal raza latina*. Los pueblos que rodean el Mediterráneo son mezclas de razas muy diversas. Se señala como una de las más típicas, sobre todo en la antigüedad, la llamada ibero-africana. Pero, desde muy remotos tiempos se mezcló con la llamada semítica (concepto en que a su vez, con excesiva amplitud, se ha abarcado un conjunto más o menos heterogéneo); y, también desde antiguo, pero luego cada vez más, con razas procedentes del Norte, como la braquicéfala llamada alpina, y la rubiodolicocéfala o sajona; aparte de sus demás mezclas con otras más localizadas y más concretamente definidas, como, en nuestra Península, la pirenaica-occidental o euskara (cuya relación con la ibérica ha sido cuestión tan batallona), y la braquicéfala morena del Oeste, cuyo origen

(1) Esta barbarie política y estos imperialismos plutocráticos tienen, como luego veremos, una raíz geográfica (véase s. t. el cap. IX); pero, precisamente porque representan el predominio de la influencia del medio sobre la de la razón humana, aparecen opuestos al ideal moral.

y filogenia es problema por resolver; con la supervivencia de razas prehistóricas, como la de Cro-Magnon; y con los aportes de las invasiones históricas relativamente recientes como las de turcos originarios del Asia Central. Pero, a su vez, muchas de estas razas, integrantes del conjunto mediterráneo, y aun de las más típicas, se han extendido también al Norte, por el actual dominio sajón, v. g., por las costas de la Europa Occidental los hombres de Cro-Magnon, los pireneico-occidentales, y los mismos ibero-africanos. (Para éstos lo reconocen explícitamente antropólogos como Deniker.) Y, a su vez, la raza dolicocefala rubia, además de estas mezclas, se cruzó por doquier con las razas braquicefalas montañosas, orientales e hiperbóreas. Y aun en cuanto a los rubios (y aun prescindiendo de los fineses), es precisamente uno de los problemas, resolver si representan una raza o varias, pues no está demostrado que las grandes diferencias antropológicas que, por otros conceptos, incluso el del índice cefálico, presentan hoy entre sí, se deban a la cruce. Así, aunque en los países que rodean al mar Báltico y al del Norte exista la mayor dosis de rubiodolicocefalos, y en los que circundan el Mediterráneo, sobre todo por el S., E. y W., es donde más se encuentren los caracteres ibero-africanos, en todas partes aparecen mezclas complejas y en proporciones indefinibles. Ni siquiera es posible discernir dónde las diferencias se deben a la cruce o a la evolución. Dentro de lo que podemos o creemos saber, en muchas obras antropológicas aparece por ejemplo que la composición de la población de Francia es, poco más o menos, la de la Alemania occidental y central. ¿Hay derecho ante esto para contraponer a Francia, como país "latino", "meridional", etc. (todos términos impropios), Alemania como país de otra raza y pretender explicar por esta diversidad antropológica diferencias radicales de psicología? (1)

Si las razas del Mediterráneo han aparecido en nuestra época inferiores en civilización a las nórdicobálticas, en la antigüedad ocurría todo lo contrario: la civilización floreció en Egipto, en Fenicia, en Asia Menor, en Grecia (incluso la Magna Grecia), en Cartago, en

(1) Prescindo de tomar en cuenta escritos (en modo alguno diré estudios) que el fanatismo patriótico ha producido durante la guerra, aunque algunos lleven la firma de un verdadero hombre de ciencia; y me fundo exclusivamente en los trabajos que merecen el calificativo de científicos, escritos durante la paz o en el espíritu de ella.

Roma y en Iberia. Los que observan hoy los hechos actuales (es decir, desde el siglo XVII al XX), deducen que las razas del Mediterráneo son inferiores y las del Norte superiores. Pero un observador de la antigüedad, y aun de gran parte de la Edad Media, hubiera deducido, por el contrario, la manifiesta inferioridad de los pueblos del norte.

En los tiempos intermedios no siempre fué posible clasificar la civilización por paralelos. En el siglo XVI, por ejemplo, si la civilización brillaba en Italia, resplandecía con no menor pujanza en los Países Bajos y buena parte de Alemania, mientras portugueses y españoles daban a conocer el mundo. Si a un pensador imparcial (despojado por milagro de las preocupaciones del Renacimiento) se le hubiera instado a adjudicar la superioridad, entre los pueblos del Mediterráneo o los de la vertiente del Mar del Norte, se hubiera visto harto perplejo. Y eso que Inglaterra estaba todavía atrasadísima y parte de Escocia sumida en verdadera barbarie.

Descartados estos pocos siglos de relativo y parcial equilibrio, los pueblos en que más abunda el elemento rubiodolicocéfalo resultan, pues, con cuatro siglos escasos de superioridad a todo conceder, mientras que en los pueblos circummediterráneos la superioridad se mantiene, por lo menos, durante la mitad de la Edad Media y toda la Antigua, es decir, de quince centurias a más del doble, según las comarcas. ¿Cabe declarar superiores a las razas que han sobresalido cuatro siglos e inferiores a las que lo han hecho durante quince o más?

¿Cómo explicar también que una misma raza o mezcla de ellas sea superior o inferior con el variar de los tiempos, y, sobre todo, de tiempos tan breves? Porque siendo Inglaterra un país atrasadísimo en el año 1600, antes de 1800 ejercía ya la hegemonía en los mares, y su capital contaba casi un millón de habitantes, y de la España de los Reyes Católicos a la de Carlos II no van ni esos dos siglos.

Sergi atribuye el mayor progreso moderno del norte de Italia sobre el sur, a que en el norte la antigua raza mediterránea ha ido cediendo el paso a las del centro de Europa, a la braquicéfala montañesa especialmente. En realidad, las invasiones o avances de pueblos más septentrionales, ya los braquicéfalos, alpinos o dináricos, ya los rubiodolicocéfalos, ya mezclas de éstos, se han manifestado

en los países mediterráneos en todos los tiempos; de modo que la dosis de estos elementos ha ido casi siempre aumentando. Pero si estos elementos braquicéfalos y rubiodolicocéfalos son los superiores, ¿cómo es que la inferioridad de los mediterráneos, respecto del norte, se manifiesta más que nunca cuando mayor es precisamente la dosis de aquellos elementos que ha ido sumando a su antigua composición?

Si la raza braquicéfala alpina es superior a la ibero-africana, ¿cómo explicar que los ingleses, que son, principalmente, rubiodolicocéfalos, aunque siempre mezclados, incluso con ibero-africanos, aparezcan hoy superiores (o, por lo menos, iguales) a muchos pueblos centroeuropeos (suizos, tirolese, borgoñones, etc.), que son mezcla de los mismos rubiodolicocéfalos con alpinobraquicéfalos?

Como más adelante detallo, en los Estados Unidos ha venido, hace años, ganando terreno la inmigración de idioma latino y eslavo sobre la de idioma germánico, y dentro mismo del país la fecundidad de los primeros ha ido ganando terreno sobre la de los segundos. Si los pueblos latinos y eslavos de idioma fueran elemento inferior respecto de los de habla germánica o sajona, al citado fenómeno antropológico habría correspondido una decadencia, o siquiera un retraso en su marcha, de la civilización norteamericana, cosa que no se vislumbra.

Y, sin embargo, es evidente que hoy, y más claramente en el tiempo normal que precedió a la guerra, los países en que más abunda el elemento rubiodolicocéfalo y en que dominan las lenguas germánicas, aparecen más prósperos y más cultos, dentro de la civilización occidental, que los constituídos por preponderancia de otras razas europeas, y este hecho innegable debe tener también su explicación.

Viniendo al caso particular de España, ¿por qué la mezcla de razas que la habita resultaba un pueblo superior en el siglo xv y xvi, y resulta inferior en los siglos xviii y xix? No cabe achacarlo a las instituciones, porque (prescindiendo del factor geográfico) las instituciones son obra de las razas y no éstas de las instituciones. La raza es una cosa real, y la institución no es más que una palabra abstracta para designar un conjunto de actos ejecutados por los hombres de tal o cual raza. Tampoco se achaque a la emigración, porque ésta es consecuencia y no causa del malestar. Si en España hubiera mejores medios de vida que en otras partes, la gente no emigraría

espontáneamente, y si emigrase por motivos forzados, otros se apresurarían a llenar el hueco.

Por fin, si fundados en la comparación de la España de los tiempos modernos con la mayor prosperidad de otros países, deducimos que los españoles somos, *hoy por lo menos*, un pueblo inferior como sujeto; esta inferioridad debería manifestarse donde quiera, y, sin embargo, esto no sucede, por lo menos en muchos casos. Sobre este punto el mejor país de observación es la República Argentina. En poco más de medio siglo han entrado allí un millón de españoles, dos millones de italianos y un millón de europeos de otras nacionalidades (sajones, eslavos, etc.). Todos se acomodan a la activa vida americana del trabajo y los negocios, y en modo alguno se observa que los españoles no tengan para ella tanta aptitud como los demás. Los mismos que aquí se muestran ociosos o rutinarios se hacen allí, instantáneamente, activos y emprendedores. ¿Es que han cambiado de raza al cruzar el Atlántico?

Los hijos de españoles tampoco ofrecen ninguna manifiesta inferioridad en sus facultades mentales. Dedicado allí algunos años a la enseñanza, he podido hacer esta observación por mí mismo.

Aún cabe añadir más. Dado que nos fuera posible relacionar la psicología con la antropología, la determinación de la psicología, sobre ser harto difícil, tampoco nos acabaría de resolver el problema. Porque en la psicología no veríamos más que tendencias generales, e idénticas tendencias de espíritu pueden producir como resultado, según la aplicación que se les dé, realidades históricas muy diferentes; y en todo caso sobreviene la dificultad de discernir lo que es tendencia y lo que sea aplicación.

Es un hecho científicamente demostrado que, entre gran parte de la población de España y la de Marruecos, hay una marcada fraterinidad antropológica; en uno y otro país la raza iberoafricana, más o menos mezclada con semitas, constituye el fondo o una gran parte de él. La diferencia estriba en que en España hay más dosis de rubio-dolicocéfalos, pirenaico-occidentales y braquicéfalos, y, en Marruecos, de negros. Pero en el efecto histórico, la diversidad es extraordinariamente mayor que en la composición antropológica, porque España es un país de tipo europeo moderno y Marruecos se ha conservado de tipo oriental arcaico. ¿Domina realmente el efecto de la diferente aplicación o el de la diferente tendencia? Quizás lo cierto

sea lo primero, pero en todo caso, para explicar la diferente aplicación de la misma psicología, habría que recurrir con gran predilección al factor medio.

Otro hecho más expresivo aún. El espíritu de la población de Madrid suele causar la impresión de ser muy distinto del de la población de Barcelona. La mayoría de los escritores los contraponen: Barcelona es la ciudad trabajadora, productora; Madrid el centro de las clases parásitas; aquélla quiere autonomía, ésta centralización. Y, sin embargo, según los datos que desde hace años ha venido recogiendo en el Museo Antropológico madrileño el profesor Antón, la composición antropológica de las dos ciudades sería sensiblemente la misma (1). ¿Es que a la igualdad de los caracteres antropológicos, hoy utilizados, no corresponde la de los cerebrales que hoy aún no discernimos? ¿O la diversidad aparente resulta de la diferencia de aplicaciones de iguales tendencias psíquicas colocadas en medios distintos?

Las observaciones citadas, a las que podría añadir otras mil, demuestran, a mi juicio, dos cosas. Primera, que explicar los hechos sociales (cultura, desarrollo económico, etc.), sólo por el factor hombre (como lo suelen hacer los sociólogos y políticos), es ir al fracaso. Segunda, que, no hallándose paralelismo para las razas europeas entre las diferencias o semejanzas antropológicas y las que ofrece el desarrollo intelectual y económico, es evidente que en estas influye preponderantemente otro factor.

Ambas consecuencias nos llevan a lo mismo: a buscar la explicación que perseguimos, en la influencia del medio, o, más exactamente, en el *factor geográfico*.

Este elemento lo podemos conocer mucho mejor. Y todo cuanto por él podamos explicar perfectamente, no habrá motivo alguno de atribuirlo al factor hombre. Y, en cambio, si logramos así descartar toda o casi toda la influencia del factor geográfico, tendremos andado lo más seguro del camino para llegar indirectamente a la valua-

(1) Así lo he oído personalmente a dicho profesor en un cursillo del Ateneo de Madrid hace algunos años. Sin embargo, la observación vulgar saca la impresión de que en Barcelona es sensiblemente mayor la proporción de cabellos rubios y piel blanca.

ción del factor hombre, ya que de modo directo nos hemos visto imposibilitados de hacerlo.

El error fundamental de los políticos, de los sociólogos en general, ha sido y sigue siendo el desdén del factor geográfico. Por este desdén han fracasado los hispanistas en su intento de explicar la decadencia de la España sexcentista y la inferioridad de la moderna.

Pero en el estudio del factor geográfico hay que prevenirse también mucho contra las causas de error. En esto se ha abusado también muchísimo de la fantasía, especialmente por muchos autores de geografías, que han sido, por lo regular, curiosos coleccionadores de noticias o poetas de la naturaleza y de la historia, más que verdaderos hombres de ciencia por sus conocimientos y por su método. Los errores que por tal ligereza de proceder han ido vertiendo los autores a través del tiempo, se han ido lentamente acumulando en las cabezas del vulgo y entran en su actual fondo de preocupaciones.

En España oímos repetir a cada paso, como artículo de fe, que los meridionales son ardientes, y, en cambio, los septentrionales fríos y apáticos. Pero también se dice, sin curarse de armonizarlo con esto, que en el mediodía la gente es perezosa, porque el cielo es azul y hace calor, y en el norte, activa, porque hace frío y nieva, y por eso el norte estudia, produce y progresa más. Según esta última manera de ver (que exponen a cada instante políticos, literatos y hasta hombres de ciencia), la gente más adelantada de la tierra debieran ser los esquimales, los samoyedos y los lapones; la vida y riqueza de Buenos Aires debieran haber aparecido en la Tierra del Fuego, y la actividad de la zona de Nueva York a Washington, donde se reconcentra precisamente la mayor suma de aglomeración urbana y movimiento de los Estados-Unidos, resultaría tan inexplicable como la decisión del asno de Buridán; porque si en invierno Nueva York y Filadelfia son más frías que Berlín, en verano la misma Nueva York es más cálida que Lisboa, y Filadelfia tanto como Madrid (1). Y ¿por qué en la

(1). Temperaturas medias de enero: Nueva York — 1°0, Filadelfia — 0°4, Berlín + 0°1. Medias de julio: Nueva York 22°9, Filadelfia 24°4, Lisboa 21°7, Madrid 24°5 (datos del *Annuaire du Bureau de Longitudes*, en grados centígrados). Algo por el estilo cabría decir de Chicago, cuyas medias de enero y julio son — 4°8 y + 21°7, respectivamente.

antigüedad eran activos los fenicios y los griegos y progresaban, y se mostraban apáticos los germanos y los sármatas? ¿No hacía entonces, como ahora, frío en el norte y calor en el sur?

En muchos casos el error al relacionar el fenómeno social con el factor geográfico, ha procedido de una de las dos faltas atrás indicadas: la del conocimiento científico de este factor, o la de un criterio científico. Poco más o menos lo mismo. Geografía e Historia han adolecido de idéntico mal, andar en manos de literatos y no de hombres de ciencia.

No puedo, en los límites de este capítulo, pasar revista a todos los errores en que han incurrido los geógrafos para explicar las relaciones entre el mundo y el hombre. Los más serían clasificados por la Lógica como sofismas de *non causa pro causa*.

No basta que coincidan en su ubicación el fenómeno geográfico y el social: es necesario además que se evidencie la relación entre uno y otro, y se manifieste en igualdad de condiciones la misma coincidencia aunque las demás circunstancias varíen.

Así, la ley de Rohrbach, establece que todo país alejado más de 400 kilómetros de la costa continental (ya internado en las tierras, ya aislado en el mar) se halla en condiciones desfavorables de existencia, y tanto más cuanto mayor es el alejamiento.

Esta ley falla a cada instante. Según ella, Viena y la Bohemia habrían sido situación y comarca muy mal dispuestas para la civilización, y no se explicaría por qué prospera ésta mucho más en el centro de la cuenca del Misisipí que en la mayoría de las costas del Mediterráneo. Y es que, en realidad, lo que favorece la habitabilidad y progreso de una comarca es la facilidad de comunicarse con otras. La costa es una de estas facilidades; pero no la única ni siempre la mejor: el valle del Nilo en el alto Egipto, no está poblado a causa de su proximidad al mar Rojo, sino a causa del río que lo recorre (el cual influye también en la producción). El Misisipí, los Grandes Lagos y el San Lorenzo, el Paraná y la misma llanura de las Pampas, han abierto más campo a las comunicaciones y a la prosperidad, que infinidad de costas. El Rhin y el Elba reconcentran más vida en sus orillas que las costas de Frisia.

Para establecer sobre seguras bases la comparación, lo primero es precisar bien el conocimiento de cada factor. Para el geográfico hay que acudir a la historia natural y a la geofísica. Para el humano

o social, la expresión más precisa de los hechos está en la estadística.

Desgraciadamente, apenas hay estadísticas sino de la época contemporánea, y no en todos los países, ni donde las hay siempre están bien hechas ni son suficientes, ni abarcan ni aun pueden abarcar todos los hechos capaces de interesarnos. Por eso no siempre podemos trabajar con estadísticas, como sería el *desideratum*. Pero donde las hay debemos preferirlas. Es decir, que la época y países en que hay buenas estadísticas ofrecen condiciones especialmente favorables para nuestro estudio.

Las estadísticas tampoco están hechas con el mismo criterio en todos los países. El caso más favorable será, pues, el de los países que tengan estadísticas más comparables. Y las mayores ventajas las ofrecerá el país más extenso y variado; porque, con estadísticas perfectamente uniformes, nos permitirá estudiar el valor de mayor número de condiciones geográficas.

El país que reúne en mayor grado estas ventajas son los Estados-Unidos: su extensión se aproxima a la de Europa; su vasto territorio ofrece gran variedad; y al mismo tiempo es el país más adelantado en estadística, tanto que sólo Alemania se le puede comparar. Hecho el estudio dentro de los Estados-Unidos, desaparecen muchos factores que en otra parte nos perturbarían: el factor nacionalidad; el factor instituciones, porque, a través de la autonomía de los estados, alienta un espíritu político sensiblemente igual; el factor raza, si se prescinde de los estados negros, porque en todos los demás hay una mezcla de las diversas razas europeas, que libremente ha venido llevando su acción colonizadora de una parte a otra del territorio.

Con tan excepcionales ventajas no es extraño que el estudio sobre el valor del factor geográfico resulte en los Estados-Unidos más fácil y más fecundo en resultados que hecho en cualquier otro país. En efecto: estudiando detenidamente la geografía de los Estados-Unidos, es donde he encontrado más clara la solución del gran problema de la relación entre el hombre y el medio. Las enseñanzas adquiridas en este estudio las he aplicado a los demás países y los hechos me han dado por doquier la confirmación. Este es el verdadero terreno en que la luz de los Estados-Unidos ilumina el mundo entero.

El estudio que en este libro sintetizo, después de haber ocupado en él algunos años, comprende, así, las siguientes etapas:

Crítica de teorías anteriores (que queda ya hecha).

Estudio del problema en los Estados-Unidos como país excepcionalmente favorable.

Estudio del problema en otros países también favorables por sus publicaciones estadísticas, como la Europa Central y Occidental, etcétera...

Aplicación de los resultados a otros países de estadística pobre o nula, y confirmación en ellos de las enseñanzas anteriores.

Entre los países del último grupo está España; de modo que la resolución del gran problema general entraña la del especial de nuestro país, en que han fracasado los hispanistas que prescinden de la geografía.

Mas, para que las consecuencias sean legítimas, no basta deducirlas del examen del mundo *en un momento dado*: hay que confirmarlas además *a través del tiempo*. Este estudio hecho con igual detalle a través de toda la historia, exigiría por un lado gruesos volúmenes y tropezaría por otro con la escasez o total ausencia de datos estadísticos precisos para los tiempos pasados, lo que obligaría a variar de métodos. Mas, como ejemplo demostrativo de cómo el estudio a través del tiempo confirma los resultados del estudio a través del espacio, consagro a esta parte dos capítulos, en los que me fijo preferentemente en países nuevos, en los cuales tal estudio a través de la historia está más indicado.